

ción, menos chispeante que la de Monteux, constituye un modelo de lenguaje beethoveniano.

La "Pastoral", también considerablemente distinta a la de Monteux (la comparación surge porque, a nuestro juicio, el director francés estableció un verdadero módulo con sus registros de estas dos sinfonías), menos elegante y diáfana, posee, en cambio, incomparable lirismo. Desde cierto punto de vista, la obra resulta con Klemperer más decididamente romántica. ♦

RECOMENDACIONES

● Como el ejemplo más perfecto de estos tiempos de canto a coloratura en el registro de mediosoprano, señalamos el disco de la cantante española Teresa Benganza interpretando arias de "El barbero de Sevilla", "La italiana en Argel", "Semirámis", "La cenicienta" y el "Stabat Mater", de Rossini. En él la prestigiosa artista, que posee una técnica para los pasajes de agilidad tan sorprendente como la que hizo célebre a Conchita Supervía, muestra, respecto a su ilustre antecesora, menor pasión como intérprete,

un registro menos colorido (sobre todo en el registro grave), pero emisión más segura. (London 17979, monofónico).

● Por ser muestra viva del más puro gregoriano, aconsejamos "La Misa in Festo Assumptionis B M V", grabada por el coro de las Monjas Benedictinas de la Abadía de Nuestra Señora de Varenseil (Alemania). Editó Archiv Produktion con el número 14164, monofónico.

● El "Gloria", de Vivaldi, en vibrante interpretación de Hermann Scherchen al frente de elementos de Viena, y en excelente grabación estereo, de la que vale la pena destacar la eficacia con que fueron captadas las masas corales, sin empaste y gran variedad de planos. La fidelidad del registro está preservada en la edición local. (Westminster 18136 estereofónico).

● El homenaje a esa artista impar de la expresión cantada que fue Lotte Lehmann. Contiene lieder de Schubert, Schumann, Mendelssohn, Brahms, Wolf, Wagner y Strauss, grabados en 1940, cuando la soprano conservaba prácticamente incólume su patrimonio vocal, y trasplantados al long play con entero éxito. ♦

notas bibliográficas

ROGELIO BARUFALDI. — "Zonas de Dios y del Hombre". — Colección Rocanador. — Palencia, 1962. — 58 páginas.

Alguna vez Karl Rahner, hablando de las supremas posibilidades del hombre, se refirió a la de ser sacerdote y poeta a la vez: "Ambas formas de existencia se buscan y condicionan mutuamente: el sacerdote redime y libera el existir poético dándole su último sentido y encuentra a su vez en el don de la crea-

ción poética un carisma para su propia plenitud". Allí quede él con su teórica elaboración de teólogo (ciertamente original), enfrentando las también teóricas dificultades de quienes le arguyen. En Rogelio Barufaldi, la síntesis se da, con la indiscutible existencia de lo inmediato. No lleva en sí dos vocaciones diversas (ambas son muy hondas exigencias); su única vocación es ambivalente y va por un camino que puede llegar a ser plenificante como pocos.

En la solapa del libro —típica redac-

ción de editorial— se nos previene que no encontraremos en este primer libro del Autor los defectos de todo fruto primerizo. Y hay en ello algo de verdad. Ya los maduros trabajos de interpretación y crítica siempre tan medulares de Barufaldi bastaban para que nos acercásemos a su poesía con benevolente confianza. Pero es imposible soslayar todos los riesgos de un primero, segundo o enésimo poemario. ¿Quién podría jactarse de haber logrado el dominio total? Nuestra poesía es esencialmente búsqueda, tanteo; y estos suponen avances y retrocesos, hallazgos parciales y parciales desencuentros. De todas maneras, quede en paz la editorial: este ganar la ciudad palmo a palmo está lejos de la inmadurez del que hace poesía sin comprometerse en ella, con lúcida y gratuita superficialidad. Al menos eso es evidente comprobación en el libro del P. Barufaldi.

Desde el título hasta el estudiado índice, Barufaldi somete su trabajo a un riguroso planteo conceptual. Grandes temas, perspectivas de denso contenido humano y por lo mismo religioso, cosmovisión teándrica volcada en fórmulas de gran dignidad poética que sin duda hubieran confirmado a Rahner en sus teorías. Ojalá futuros trabajos ahonden y clarifiquen lo que estas "Zonas" nos entregan como primicias.

En lo formal, el Autor es mucho menos contenido. Las figuras se suceden, o mejor, se entrecruzan y encadenan en una pirotecnia de metáforas que a veces raya en la dispersión. La adjetivación siempre elaborada con esmero, por momentos no se justifica; al menos, con tan reiterada insistencia: las frases adjetivas, los superlativos, son batería nada fácil de enfrentar. Quizás sea arbitrariedad de lector sin validez crítica, pero a veces nos gustaría una mayor austeridad, un territorio más despejado en el que el camino se nos diese sin tantos mapas y señales.

"En la dichosa gloria de campanas
[mínimas
que para tí, hombre, se creaba
en cada témpano de pájaros a la
[deriva
entre los primeros anchos cielos,
Dios te alzaba por dentro
una tremenda y caliente alegría de
[faro..." (p. 25)

Todo es aquí lento, detenido. Hay mucho de la gran poesía cristiana de todos los tiempos en este lento avanzar de las imágenes con algo de salmodia:

"Es terriblemente peligroso
aprender a elegir el instante preciso

en que caen los diminutos corazones
[de los pájaros
a hacerse pequeñas piedras en los
[arroyos..." (p. 9)

El grupo de los "Poemas de los hijos exaltados" es para nosotros lo mejor. El análisis de cada unidad expresiva nos llevaría muy lejos. Cada una de ellas justificaría de por sí otros tantos poemas. Ojalá el P. Barufaldi oriente su trabajo poético hacia una mayor concisión, un ahondamiento desprendido de fogueos descriptivos, un aprovechamiento más notorio del enorme poder de sugerencia que ya posee. Será una forma de liberar lo más valioso de esta primera experiencia, que ciertamente ya nos convence de su calidad de poeta.

Oswaldo Pol, S. J.

ALBERTO DIAZ BAGU. — "Fábula de Octubre". — Edic. Díaz Bagú. — Córdoba, 1961.

ALFREDO OTTONELLO GUEVARA. — "El Dardo". — Id. — Córdoba, 1962.

"Laurel, hojas de poesía" es un momento feliz en el panorama de la literatura argentina. Más que una revista en la acepción pasiva del término, fue la expresión de un bullente entusiasmo por la poesía con lo que ésta entraña de esfuerzo consciente, pero también de supremo gozo, de privilegiada posibilidad de expresión. Desde la ciudad mediterránea nos llegó por mucho tiempo su voz cálida, la rotunda sinceridad de sus premuras, el gesto amplio y generoso de sus páginas grávidas de encuentros. "Laurel" cumplió ampliamente su función: descubrió nuevos valores, canalizó experiencias que ahora son indiscutibles. No poco le deben a ella Oswaldo Guevara, Menoyo, Godino y tantos otros; sin olvidar a Santiago y esa delicada pero vigorosa poesía de Carolina Voces.

Alberto Díaz Bagú, fue no sólo el director de "Laurel": fue y sigue siendo el centro de referencia, el guía que discierne los valores y va dando la ubicación exacta a cada uno. Su último libro, "Fábula de Octubre", vuelve a ponernos junto a su propia elaboración poética, fundamentalmente orientada a un mundo de intimidad, de contemplación tierna y reposada. Los endecasílabos de sus perfectos sonetos son caminos del recuerdo, de la evocación, de las emociones que transitan un corazón sensible.

"En esta soledad de tanta gente
que pasa y mira y habla y me pre-
gunta..."

Todo gira, va y viene, en torno al testigo de la vida que es el poeta. El compromiso con la circunstancia es total y profundo, pero nada llega a quebrar una bucólica actitud contemplativa. De ahí que lo formal, los módulos con que se comunica el autor, sean naturalmente los seguros andariveles de la mejor poesía castellana. Y Díaz Bagú sabe ciertamente cómo digitar la exquisita elegancia, la perenne comunicabilidad de las fórmulas clásicas. Cada una de las diecinueve composiciones de este libro son una fiesta para el espíritu y colocan a su autor en una zona a la que muchos desorientados escritores de hoy ya no podrán alcanzar. Con una breve obra publicada, Díaz Bagú es un excelente y definido poeta.

El libro póstumo de Alfredo Ottonello Guevara, en cambio, no hace sino ahondar el dolor por su muy temprana e injusta desaparición. Notemos que su publicación es un homenaje de sus amigos de "Laurel", cuya secretaría él ocupaba.

"Mi frente enardecida entre tus manos
[nos
descansa, al fin, su fuego y su tor-
tura..."]

¿Qué no podía esperarse aún de ese equilibrio y madurez alcanzados a los veinte años! Hay en su poesía una fuerza, un vigor que resulta difícil conceptualizar: demasiada juventud, vivir apresurado, acrobacia que sortea los riesgos sin la menor hesitación. Todo es en sus poemas un presentimiento que se abre camino y nos entrega la radiante visión de las cosas que normalmente sólo suelen dar el demorado ejercicio o la mucha edad.

"Marinero del alba me azula los ojos
[pejos
y mi pecho es un ascua con la miel
de sus llamas..."]

"¿En qué país mi sangre se demo-
[ra?..."]

"Todo es un mar de sombras y en
[ése mar navego
como un pulpo que lame los arpones
hundidos..."]

Y tantos trozos más... Sin duda Alfredo Ottonello Guevara es la mejor floración de la generación signada por "Laurel". Es su símbolo y la prueba palpable de la seriedad con que allí se hicieron milagros que espontáneamente y sin sa-

berlo, enriquecen para siempre los días las cosas. Pero él es también, uno de esos que nos toca vivir.

Osvaldo Pol, S. J.

J. M. CABODEVILLA. — "Sábado" — Oración de la esperanza. — Edit. Sigüenza. — Colección Hinnení. — Salamanca 194.

El autor de "Hombre y mujer", "Señora nuestra", "Ecce Homo", nos presenta en esta cuidada entrega de Hinnení una oración: el Rosario de la Virgen. Pero el autor no se dirige a Ella. Medita acerca de los misterios del Rosario, "a propósito de él". Son oraciones dirigidas a Jesucristo y la Virgen será "ayuda cordial".

Cabodevilla escribe muy bien. Leyéndolo caemos en la cuenta de la pobreza de nuestro léxico. El castellano de estas páginas es vivo, como en sus anteriores libros. Escribe en un castellano —diríamos— universal. Sin modismos, limpiamente. Da gusto leer a este autor. Estilo simple. Frases breves. Imágenes ajustadas. Dice lo que tiene que decir acerca de cada tema y finaliza.

Son para meditar las páginas. Cabodevilla es buen teólogo y está actualizado en sus consideraciones y personales enfoques u opiniones. Se aventura, se arriesga. Sale de los moldes comunes. Pero recoge el hilo de su pensamiento y vuelve a las fuentes seguras.

Puede considerárselo muy bien ubicado: es de avanzada, pero con las espaldas bien seguras en una ascética de exigencia.

Quizás en la página 29 encontramos la clave de este libro. Está meditando el autor acerca del segundo misterio doloroso, la Flagelación, y escribe: "Me resisto a admitir que mi principal papel debe ser aceptar, estar quieto, no entorpecer tu obra; que mi tarea primordial — para usar la bella metáfora patristica de la cítara — es dejar que el Espíritu module en mí su melodía, a lo sumo mantener templadas las cuerdas y, desde luego, no adjudicarme el mérito del concierto. Porque, en definitiva, aprender es ser iluminado, estudiarte es orar, orar es escucharte, subir es dejarse levantar, hacer es, sobre todo, dejar hacer...".

En una palabra: la santidad consiste en una gozosa aceptación de ser criatura a través de la cual, sin estorbos, Cristo debe amar al Padre.

Es además, un valioso examen de conciencia. Vigoroso, fuerte. Para sacudir nuestra inercia de católicos "instalados" en la casa del Padre. Por eso grita Cabodevilla, "que venga el Espíritu, que venga y siga viniendo. ¡Hay tanto que hacer...!".

Recomendamos este valioso libro de meditación a los católicos que entienden que "su puesto por ahora está aquí, en el mundo, en la ciudad de Jerusalén, en la ciudad terrestre. Entre gozar de la tierra y evadirme de ella —dice el autor—, cabe una tercera postura, la única legítima: redimir la tierra".

El volumen de 158 páginas muy bien impresas, está ilustrado acertadamente por José Grau Garriga.

Jorge A. Fourcade, S. J.

RODOLFO M. RAGUCCI, S.D.B. — "Literatura Española de los últimos cien años", (Desde 1850). — Edit. Don Bosco. — Buenos Aires, 1962.

Con este grueso volumen —750 páginas— que se agrega a los tres ya publicados, completa el autor su copiosa obra recopiladora de la Literatura Española desde su nacimiento hasta nuestros días.

Obra de largo aliento, añade a su valor antológico un serio y erudito trabajo bibliográfico. Más de doscientos veinte escritores —un siglo en las letras españolas— se van sucediendo con textos representativos bien seleccionados, precedidos de una breve reseña de la vida y obra del autor.

De este desfile quedan excluidos, con dos excepciones ineludibles, los contemporáneos todavía vivos en la fecha de publicación. Una de ellas, Azorín; la otra Menéndez Pidal.

La división de la obra en dos grandes períodos —que el autor llama genéricamente "Posromanticismo o Eclecticismo" (1850-1898) y "Modernismo y Posmodernismo" (desde 1898)— sirve de marco a los autores, que son tratados dentro de cada uno de ellos según el género a que pertenecen los textos citados. Suele ocurrir así que un escritor destacado en varios géneros figure más de una vez en el índice. Como muestra de la división en géneros, el primer período aparece así repartido: Prosa (novela - cuento, historia -

biografía, periodismo, crítica y erudición literaria, didáctica, oratoria, prosa epistolar) y Poesía (lírica - épica, dramática). En ningún momento se encara una clasificación de los autores en escuelas o corrientes literarias.

A los textos entresacados de obras extensas, especialmente novelas, precede una breve síntesis del argumento. Esta transcripción fragmentaria de obras cuyo valor sólo puede apreclarse en una lectura completa, es el mal necesario de toda antología de este tipo.

Desgraciadamente, en esta profusión de autores la jerarquía queda malparada: muy poca puede ser la diferencia —de espacio, claro está— entre el lugar que ocupan Unamuno, García Lorca, Antonio Machado u Ortega y Gasset, y el destinado a otros autores de segundo y aún de tercer orden.

Habría que agregar —y esto como simple observación que no resta méritos al trabajo— que no acaba de verse la oportunidad de unas pequeñas notas al pie de cada página en que son denunciadas las cacofonías, solecismos y neologismos "no registrados" por la Real Academia. Si bien hipotéticamente pueden ser útiles al lector, tienen a veces la apariencia un tanto ingenua de querer enmendar el estilo de autores —valga el ejemplo— de la talla de Ortega y Gasset.

Finalmente, como aporte científico valioso al estudio literario de este siglo, se agrega una bibliografía de veinte páginas que incluye las obras de cada uno de los autores tratados —con su fecha y lugar de aparición— y los estudios críticos publicados sobre el tema. Lo mismo que en los tomos anteriores, acompaña al texto un cuadro sincrónico en que se sitúa a los autores por su orden de aparición en la vida literaria, haciendo concordar temporalmente sus obras con la restante producción literaria europea y con los acontecimientos notables del siglo. Numerosos grabados y retratos acompañan e ilustran las páginas dedicadas a cada autor, lo que favorece notablemente la presentación del libro.

En resumen, un aporte valioso de larga experiencia y amplia erudición en las letras españolas, y una digna culminación de la obra comenzada con la aparición de nuestra lengua en la literatura medieval.

Raúl J. Artigas, S. J.